

El fondo de la maleta

Goethe, una vez más

Goethe cumple sus primeros 250 años. Aunque su soporte físico haya muerto hace más de un siglo y medio, el constante retorno a sus libros autoriza a celebrar su aniversario. Es un clásico (no un neoclásico, se ruega no confundir): soporta relecturas que lo traen a la insistencia del presente, a la presencia.

Borges lo pone como uno de los escasos ejemplos de escritores que son una vasta literatura. La prueba es la multitud de sus fronteras. Con *Werther* dio el pistoletazo de salida (nunca mejor dicho) del romanticismo, ante el que guardó convenientes distancias: el suicidio del alma bella que no soporta al mundo poco tenía que ver con un hombre vocacionalmente llevado a una saludable vejez. Luego inventó la novela psicológica con *Las afinidades electivas*, prolongada en esa sutil inspección del amor que es *Torcuato Tasso*. Dio el modelo de la novela educativa en *Wilhelm Meister* y del drama histórico romántico en *Goetz von Berlichingen* y *Egmont*. En poesía, divagó desde la miniatura de los *Xenien* hasta el idilio pequeñoburgués de *Hermann* y *Dorotea* y la epopeya burlesca de *Reinecke Fuchs*. Si de memorias se trata, he allí la autonovela de *Poesía y verdad de mi vida*, y si de cróni-

cas, la *Campaña de Francia*. Al principio y al fin, la tragedia del hombre moderno, ese Fausto que quiso saber del mundo sin vivirlo y recuperó la juventud pactando una segunda vida con Mefisto, administrador de la historia en nombre de un Dios ausente.

Todo esto parece un sistema, pero para completar la vasta literatura que es Goethe, falta la falta. En efecto, a la vez que construye este universo de modelos textuales, el maestro de Weimar lo desmenuza en los aforismos, en el archivo de Makaria, en las conversaciones con Eckermann, donde se da la palabra en el tiempo, es decir en el instante, en su aparición y desaparición eventual. La cordillera cruje porque ha criado una población de roedores que excavan su interior como arquitectos del vacío.

Goethe salió por las traseras de la Ilustración hacia ese intento de dialectizar la razón pura, de encarnarla, que los alemanes siguen llamando *Sturm und Drang*. Se pasó la vida rumiando sus dos *Faustos* (que quizá fueran tres) como si se tratara de una suma teológica moderna, en clave de tragicomedia. Pero también propuso una razón irónica, las migajas de la reflexión que apuntan a Lichtenberg, a Novalis y a Jean-

Paul. Todo está en Goethe, padre y abuelo, hijo y nieto, alquimista y homúnculo. Bien merecido se lo tiene: hay que inquietarlo en su

tumba, despertarlo de su olímpica jubilación, celebrar su enésimo cumpleaños.

El doble fondo

Nagel: la imaginación y el espacio

Andrés Nagel (San Sebastián, 1947), estudió arquitectura, y de esa experiencia hay huellas en sus dibujos, grabados y, probablemente de manera más rotunda, en su concepción del espacio, tanto en sus pinturas como en sus esculturas y objetos. Ciertamente, ese aprendizaje ha sido trascendido y puesto al servicio de una voluntad de forma ajena a todo sentido utilitario.

Lo primero que llama la atención de la obra de Nagel es su variedad y su espíritu de búsqueda. No es un pintor de caballete, ni sus esculturas se limitan a la exploración de las posibilidades de la piedra, la madera o el hierro: es un artista con alma de *bricoleur* que curiosear lo mismo en los museos que en los baratillos. Recorrer su ya larga tarea (más de treinta años de producción, con obras en colecciones y museos importantes) es asistir, por un lado a su lectura de la tradición, de la que luego diremos algo, y por otro lado al abandono incesante de caminos para encontrar su propio camino.

Esa búsqueda a través de los materiales y de las formas, de las rupturas de las tradicionales concepciones de cuadro y obra, caracteriza la aventura artística de Nagel hasta el punto de que se podría afirmar que sólo es fiel a esa búsqueda del objeto, de la imaginación y el espacio. Muchos artistas se hubieran quedado durante años explorando, por poner sólo un ejemplo, la «serie» de músicos (designando de alguna manera a sus obras del 1989: «sin título», «Un hortera en Alicante II», «Teresitos», «Fractura en gamba siniestra», etc., todas ellas de técnica mixta. Es cierto que se podría decir que esas obras forman parte de lo mejor de su producción, pero no se podría afirmar que son representativas de su trayectoria, a pesar de su importancia, porque lo característico en Nagel es la tensión entre la obra lograda y el nuevo espacio a indagar, siempre inédito. Esta tensión entre las partes y el todo, entre los logros y la búsqueda incesante creo que señala una actitud esencial del